

LAS MANIOBRAS DE WATERGATE

EL camino a seguir ahora, según lo acordado, es la Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores que comienza el 3 de julio en Helsinki. No se determina la duración, pero se supone que será breve: los ministros tienen unos calendarios muy repletos que no les permiten inmovilizarse durante demasiado tiempo. Se puede esperar que, más o menos, se limite a ratificar lo anteriormente citado, y por ello ha sido tan larga la reunión preparatoria a nivel de embajadores —seis meses, además de los varios años anteriores de contactos de «preparación de la preparación». La segunda fase, a comenzar en una fecha que dependerá de la duración de la primera y que será fijada en ella, va a celebrarse en Ginebra y sus interlocutores se califican de «expertos». Cada país designará una delegación de personas consideradas expertas en las materias a tratar. Es la fase más larga, sin duda. Es en ella donde, a partir de los supuestos adquiridos en la primera fase, y según las instrucciones que cada delegación tenga de su Gobierno y de sus obligaciones internacionales, se determinará el texto definitivo, la carta de seguridad y cooperación de Europa. El cual pasará a la tercera fase, de nuevo en Helsinki. No se ha determinado aún si los participantes de la tercera fase serán solamente los ministros de Asuntos Exteriores, o si habrán de acudir a ella los Jefes de Estado y de Gobierno, lo cual le daría mayor alcance histórico. Es un regateo. Si se trata de reducir el alcance y la proyección de los acuerdos, se quedará en el nivel ministerial. En todo caso, no se supone que tenga más alcance que el de la firma solemne de los acuerdos. La fecha, naturalmente, está sin determinar, porque dependerá de la duración de los trabajos de la segunda fase. Se calcula que ha de ser muy larga. Hay quien supone que durará, cuando menos, un año.

NATURALMENTE, no es preciso hacerse muchas ilusiones respecto del alcance, a nivel individual, de esta Conferencia. Todo lo antes enumerado, ¿será cumplido? ¿Se llevará a sus últimas consecuencias? Hay que recordar que otros textos internacionales van por lo menos tan lejos como éste, y aún más allá, como la Carta de San Francisco y la serie de principios adoptados después por la ONU, y cualquier vistazo a la Historia contemporánea y a la realidad de tantos países nos desmentirá sus propósitos. Hay que pensar, sin embargo, que las circunstancias son distintas. Precisamente de lo que se trata ahora en Europa es de recuperar aquel ideal perdido en los abismos de la guerra fría. De rehacer sobre nuevas bases lo que entonces se malogró. Las nuevas bases son las de una economía de consumo, un bienestar material, que entonces faltaba y que producía grandes contracciones políticas, favorables a las dictaduras más o menos encubiertas. Todo el contexto de lo acordado en Helsinki es netamente democrático, y como en otras conferencias del momento de organismos regionales europeos, de lo que se trata es de devolver una forma democrática y libre a Europa. Está claro que pueden invertirse muy bien los términos de la convocatoria de esta Conferencia: no es el establecimiento de estas normas lo que ha de traer la seguridad al continente, sino que la seguridad ya conseguida por otros caminos —los acuerdos entre la URSS y los Estados Unidos, la desaparición del contencioso alemán— la que permite recuperar una vía democrática que se estaba perdiendo.

UN aspecto muy inquietante, muy peligroso, de esta convención es su carácter de reunión del mundo desarrollado exclusivamente. El áspero rechazo de los países árabes de orilla mediterránea, que no son, desde luego, europeos, pero que, geográficamente, lo son más que Estados Unidos o Canadá, y tanto como Turquía o Grecia, muestra este carácter exclusivista. Los textos humanistas de San Francisco, de las Naciones Unidas, pretendían abarcar al mundo; un mundo donde la existencia de hambre y miseria, la lucha dura de clases sociales, de estructuras feudales y de neocolonialismo, hacía imposible la aplicación de cualquier fórmula de derechos humanos. La reducción de premisas y propósitos a un ámbito que coincide ser el de los países ricos —no está excluida, en el futuro, una participación de Japón, a quien ya los Estados Unidos quieren incorporar al sistema occidental mediante la nueva «carta atlántica»— hace más posible la existencia de derechos humanos y democráticos, pero tácticamente los refiere a una explotación de los países pobres. No hay hasta ahora en estos textos previos ni la acostumbrada referencia académica de todas las reuniones internacionales a la «ayuda al tercer mundo», que, por otra parte, se ha revelado siempre inoperante. En este sentido, la Conferencia de Helsinki es considerablemente regresiva con respecto al ideario de posguerra, que sólo va a quedar recogido en un ámbito privilegiado.

POR otra parte, tampoco cabe esperar por ahora que la declaración de igualdad y soberanía de cada uno de los Estados participantes pueda desprenderse una anulación de las hegemonías de los Estados Unidos y de la Unión Soviética sobre sus respectivos grupos. No hay por el momento más configuración europea ni mayor seguridad que la que estas dos grandes potencias decidan entre sí. Ni siquiera la Europa occidental ha conseguido todavía las formas económicas y políticas que la permitan representar un válido peso de equilibrio entre ellas.

¿Dónde va a parar el asunto de Watergate? Cada vez cuelga más ropa sucia en las columnas del Senado, exhibidas por las audiencias del comité especial que preside el senador Ervin, cuyas audiencias transmite diariamente la radio y la televisión al país. La línea actual de defensa de la Casa Blanca consiste en tratar de silenciarlo a toda costa. Se ha tratado de que las audiencias se celebren a puerta cerrada, pero en la democracia de Estados Unidos no hay ningún pretexto legal para ello. Se ha tratado de que se suspenda sus trabajos durante tres meses. Se ha encargado de esta acción el fiscal especial Archibald Cox, encargado de las investigaciones regulares —por la vía de la justicia— de la maraña de casos en torno al escándalo, y del escándalo en sí mismo. Lo ha hecho por carta dirigida a Ervin: "La continuación de las audiencias en este momento podría crear el grave peligro de que nunca se esclarezca la totalidad del asunto del Watergate y de las materias relacionadas con él, y de que muchos culpables puedan no ser entregados a la justicia". A la carta del fiscal ha respondido el presidente de la comisión senatorial, Ervin: "No puedo aceptar la sugerencia de la fiscalía de que la investigación del Senado vaya a impedir la busca de la verdad. Por el contrario, la preparación para la investigación por parte de este comité ha acelerado grandemente la revelación de la verdad".

Sin embargo, hay ahora una tendencia, por parte del propio partido demócrata, de sostener en su cargo a Nixon. Temen los demócratas que la caída de Nixon pudiera precipitar una caída general del sistema, precisamente en un momento en que les favorece. Los intentos de complicar al vicepresidente Agnew en esta delincuencia política no han dado hasta ahora resultados positivos; por lo tanto, la caída de Nixon significaría el ascenso de Agnew a la presidencia. Aparte de las consecuencias que podría traer para todo el mundo la presidencia de un conservador "ultra" (se recuerda a Truman sucediendo a Roosevelt), tendría éste por delante tres años para gobernar y presentarse a las elecciones de 1976 desde el poder, y eso no gusta a los demócratas. En cambio, si mantienen a un Nixon en precario, vacilante, acusado, desprestigiado, hundido,

sus posibilidades en 1976 serán considerables.

La cuestión más grave es la de saber si los Estados Unidos y el mundo en torno sobre el cual su influencia es indudable podrá resistir durante tres años más en una situación de caos y desorden como la actual. Prácticamente, el presidente Nixon se está limitando en estos momentos al despacho de los asuntos de trámite y al cumplimiento de sus citas internacionales según el programa previsto, y dedica la mayor parte de su tiempo a la autodefensa. El poder está prácticamente vacante, y la situación debería terminar solamente de una de estas dos maneras: o con la dimisión o con un esclarecimiento de los hechos que permitan a Nixon presentarse con las manos limpias ante el país. Por el momento, esta última solución parece excluida.

Por otra parte, los demócratas tienen que preparar rápidamente un candidato. Una de las soluciones previstas era que Nixon y Agnew abandonasen la Casa Blanca, que ocupase la presidencia el "speaker" de la Cámara de Representantes y que éste convocase unas elecciones, sin perjuicio de que en 1976 volviese a elegirse presidente. Pero impensadamente el candidato demócrata, Edward Kennedy aparece como invalidado por el "escándalo de Chappaquiddick" (la muchacha ahogada al caer al agua el coche que conducía Kennedy, cuyo comportamiento, antes y después del accidente, aparece confuso). Aquel escándalo estaba en vías de olvido, pero se reactiva: el hombre que suceda a un presidente expulsado por escándalo tiene que ser intachable... Henry Jackson, Muskie, que fueron en 1972 aspirantes a la candidatura demócrata, no tienen ahora atractivo. En cambio, los republicanos tienen a Connally, que se ha pasado a ellos desde el partido demócrata en el que cuenta numerosos amigos aún, y que podría trasladar a numerosos electores... Por eso ven como mejor posibilidad dejar que Nixon se siga cociendo a fuego lento, ganar fácilmente las elecciones de renovación —de "medio término"— en 1974, y llegar a las presidenciales de 1976 con un candidato rodado y "limpio".

El problema está en que el escándalo crece por sí solo, y en el que la situación resulta insostenible. ■ J. A.